

III

En la prisión federal de Abilene o tenías un protector, o pertenecías algún grupo o más te valía tener un culo de piedra, porque cuando apagaban las luces aquello era territorio sin ley. Diego Zannety llevaba cumplidos seis años de condena. En un principio todo había ido más o menos bien. Se adaptó lo mejor que pudo. Cuando ingresó como recluso tuvo la inmensa fortuna de compartir celda con Jesús. Un mercenario de la guerrilla mejicana (no recordaba que facción) que hizo sus pinitos como atracador de bancos. Cuando cruzó la frontera se embarcó en un golpe que acabó con una carnicería de rehenes. Jesús disparó sobre un policía recién salido de la academia durante la huida pero tuvo suerte y eludió la pena capital por un formulismo legal que su abogado supo usar con mucha astucia. Cumplió condena en el camastro contiguo al de Diego. Jesús era un hombre fornido, con el rostro maltratado por los años y por el sol del desierto, que había encontrado a Dios entre aquellas paredes. Lucía varios tatuajes. Llevaba a Jesucristo crucificado en el pecho (Sobre el corazón), una corona de alambre de espino que cruzaba su frente, una lágrima negra en el pómulo derecho y una tela de araña que recubría la totalidad de su codo izquierdo. Diego había aprendido mucho desde que estaba allí. Lo cierto es que desde pequeño siempre había tenido facilidad en el aprendizaje y teniendo en cuenta que allí te jugabas la vida por una mala mirada o por sentarte donde se supone que no podías durante el desayuno sus sentidos estaban más que agudizados. La corona de espinas le decía a todo el mundo que estaba condenado a perpetua, o lo que es lo mismo, que sus crímenes no eran de medio pelo. La tela de araña se la tatuó el día que mató en el patio a John Robert Silesky, un líder neonazi condenado por el asesinato de dos negros en Austin y que había jurado cortarle el cuello a Diego. Y la lágrima era en señal de duelo por la vida y el alma de Olaf Svensson, el joven policía que había matado. Todo el mundo respetaba a Jesús, y Jesús respetaba a todo el mundo. Diego no fue una excepción. Se entendió con él desde

el principio, y Jesús le instruyó como maestro a discípulo en la palabra de Dios, en los Santos Evangelios y en las reglas carcelarias que regirían su existencia los próximos años. La historia de Diego era otra. No tan emocionante quizás, pero que le había llevado hasta el mismo lugar que Jesús. Su infancia fue de lo más normal. No sufrió malos tratos ni tuvo que superar ningún trauma. Su madre era argentina, de Buenos Aires concretamente, y aunque su padre era un tejano de cepa pura (como le gustaba autodenominarse en interminables charlas de cerveza y barbacoa con los compañeros de la cantera de Big Spring, un pueblecito tejano al norte de Austin) Él había heredado cierto acento además de rasgos inconfundiblemente latinos. En Tejas, o al menos en el Tejas que él conocía que por aquel entonces se limitaba a Big springs, si eras latino eras mejicano, chicano, indio o cualquier termino despectivo por debajo del hombre blanco. A los 16 años se mudó a Dallas y empezó sus andanzas en el mundo informático como reponedor de hardware en unos grandes almacenes, en la sección informática. Luego pasó a ser dependiente, para más tarde ser ascendido a encargado. Esa era su presentación en sociedad, su tapadera, un buen muchacho, trabajador y honrado que se labra un futuro con el sudor de su frente. Lo que se espera de un buen chico de Tejas. Por las noches se dedicaba a seguir decenas de cursos informáticos por correspondencia y acudía con regularidad a la escuela nocturna de computación de sistemas en la calle *Briggs*. Su profesora, la señorita Heraldine, le tenía como un portento y siempre le alentaba a perfeccionar sus hábitos de trabajo y sus conocimientos. Diego no quería ni imaginar la cara de la Srta. Heraldine el día que todo el estado de Tejas se hizo eco de sus pecados. Su crimen.... Su castigo, un juicio rápido, un linchamiento televisivo y un escarnio público en todas las publicaciones del estado de Tejas y como colofón final, una bonita condena federal sin posibilidad de revisión de quince años en la prisión federal de Abilene.

La enfermería estaba ese día desierta. El celador Brown custodió a Diego hasta la habitación donde permanecía ingresado Jesús. Se había ganado el privilegio de las visitas por su buena conducta y por su implicación en los menesteres religiosos de la parroquia de la prisión. El alcaide en persona le había otorgado “*el pase amarillo*” hacía un par de meses, y eso le convertía en un preso “del agrado de esta institución”, que traducido al idioma de los bloques de celdas, si alguien le tocaba a Diego era como tocar al alcaide Henrich, y en Abilene, eso era como saltarse todos los mandamientos delante del arcángel San Gabriel un día de trabajo. El celador abrió la puerta de la enfermería y echó un vistazo. Luego se volvió hacia Diego y le habló despacio y tranquilo.

- Muy bien, tienes quince minutos. En circunstancias normales ya sabes que tendría que entrar, pero hoy... haremos una excepción.- Le puso la mano en el hombro fraternalmente- Está muy mal Diego, y créeme que lo siento.

Diego le miró a los ojos agradecido y cortés.

- Gracias celador Brown, un acto noble debe tener una recompensa a la altura. Le incluiré en mis oraciones más sentidas.

El celador retiró la mano y abrió la puerta cediéndole el paso. Diego entró en silencio. Allí estaba su amigo y mentor. Su guía. El que le había enseñado la luz del cielo y el camino del Señor, algo que le reconfortaría siempre en los momentos más oscuros de su alma. Jesús estaba postrado en una cama austera. A su lado, un monitor digital tintineaba con una secuencia estable del ritmo cardiaco del paciente, y de la pared, anclado en una toma, emergía un tubo de plástico que se ajustaba a unas gafas nasales. Dos sueros goteaban lentamente rellenando los dosificadores que Jesús llevaba inoculados en una vía anclada en el antebrazo y sujeta por una tira de esparadrapo. Al fondo, en la pared, una ventana del tamaño de un periódico abierto permitía

la entrada de aire limpio, y luz. Se acercó a él y tomó asiento en un taburete de plástico dispuesto allí para tal fin. Jesús entreabrió los ojos y tosió un par de veces, hasta el punto que Diego tuvo que recolocarle las gafas que bombeaban oxígeno directamente en sus fosas nasales. Cuando acabó el ataque de tos, Diego tomó su mano.

- ¿Cómo estás Jesús?
- No muy bien, hijo- Tosió de nuevo- Siento que mi tiempo se agota ya, y que el Creador, en toda su sabiduría ha decidido guardarme un sitio en su mesa, junto a él.
- No digas eso. Creo que el Señor escuchará mis plegarias.
- No Diego. Ya no hay nada más que rezar. Mi alma está en paz. Mi único deseo es morir por fin y expiar mis pecados. He intentado llevar una vida al servicio del Señor, y creo que por fin me ha perdonado.

Diego no supo que responder. Conocía a Jesús perfectamente. Sabía que si alguien en aquel agujero realmente vivía atormentado por su pecado y había intentado seguir los pasos del Señor, ese era Jesús. Siempre ayudaba a los nuevos (bueno, a los que él sentía por boca del señor que debía ayudar) y lo hacía para encauzar sus destinos. Usaba las sagradas escrituras para iluminar el alma de aquellos que pagaban sus agravios al Señor, y lo hacía sin esperar una salvación divina, o un trato preferencial en el reino de los cielos, sino porque así debía ser. Dios todopoderoso hablaba con Jesús en sus largas sesiones de meditación y a través de visiones o sueños, o al menos eso decía él. Diego había abrazado la fe gracias a Jesús, y su vida había cambiado a bien desde entonces. No pudo reprimir una lágrima. Quería a aquel hombre, por encima de Dios y de toda la iglesia católica.

- ¿Es por mí?- Sonrió conmovido- No hijo mío, no llores por mí. Te lo pido.
- Alguien me enseñó una vez que no todas las lágrimas son amargas. Deja que mi corazón te muestre lo que no soy capaz de decir con palabras. También te lo pido.

Jesús apretó levemente la mano de Diego y este lo agradeció.

- Escúchame bien Diego. Tengo un mensaje para ti. Es muy importante que abras tu corazón y tu mente a lo que estoy a punto de revelarte. Sé que tu corazón no alberga la Fe que late en el mío, porque yo lo he visto y tu no, porque yo entiendo su mensaje y su gloria mientras que tu solo escuchas la Palabra.

Era cierto. Diego creía en Dios, pero no como Jesús. No con esa fuerza. El escuchaba y meditaba sobre las santas escrituras, e incluso, a veces, le parecía sentir la mano de un ente todo poderoso que guiaba sus pasos... pero solo a veces. Luego se difuminaba como un recuerdo lejano. Su mente era demasiado analítica como para aceptar a ciencia cierta, sin reservas, el mensaje de Jesús. Aún así allí estaba, a su lado. Le miró consternado y le habló.

- Por favor, intenta descansar.
- ¡Déjate de monsergas y oye lo que tengo que decir de una vez!

El monitor digital aceleró el tintineo cardiaco hasta salirse de las tablas, a lo que Diego respondió bajando la cabeza y agarrando fuertemente su mano. No volvería a interrumpir. Dios era testigo de ello. Se sentía fatal. Que Jesús estuviera allí muriendo poco a poco en parte era culpa suya. Todo empezó el día que Charles Hooper llegó a Abilene. Condenado por agresión con arma blanca a tres años. El bueno de Hooper había apuñalado seis veces al párroco de una iglesia en Austin (No era capaz de recordar exactamente cuál) y él y algunos más habían prendido fuego a la cruz en plena sacristía. Fue detenido dos semanas después, cuando milagrosamente el cura se recuperó y pudo identificarlo. Resultó que Hooper era militante de un nuevo culto que se empezaba a hacer un nombre en el estado de Tejas. Palabra Nueva, se llamaba. Una doctrina radicalizada que defendía que la iglesia apostólica romana se había lucrado y mancillado el nombre del

Señor a lo largo de los siglos, y promulgaba la acción en vez de la oración para extirpar el cáncer que corroía el verdadero mensaje de Jesucristo. Nunca se había tenido constancia de un acto de tal violencia, pero quien pasara cinco minutos con Hooper sabría que ese dato sí era un auténtico milagro. En Abilene no hay secretos, y cuando Hooper se enteró de que Diego había sido condenado por *Phishing* contra las cuentas privadas de *Palabra Nueva*, tuvo la excusa para una cruzada religiosa en plena penitenciaría. Buscó y encontró la manera de hacerse con un estilete de la carpintería y fue a por Diego sin que este se enterara de nada. En pleno patio de actividades, durante un descanso, intentó apuñalarle por la espalda. Jesús se interpuso. Diego no recordaba exactamente de donde había salido. Pero recibió la puñalada por él. Diego reaccionó y le propinó la mayor paliza que se había visto tras los muros de Abilene. Hicieron falta tres celadores para reducirlo, y Hooper acabó con el estilete (Tampoco era capaz de recordar cómo llegó a sus manos) hundido en el pecho sobre un charco de sangre. El alcaide se mostró muy indulgente dadas las circunstancias, pero ordenó su confinamiento a la celda de castigo. Dos semanas había permanecido incomunicado, pero nada más. Ni siquiera le había retirado la Tarjeta amarilla, ni palizas, ni represalias. Hooper había muerto esa misma mañana, por las heridas causadas, y eso obligatoriamente abriría una investigación y seguramente una segunda condena de entre cinco y ocho años más por homicidio. Pero aquí, frente al lecho de su más sentido amigo y hermano, con su mano temblorosa palideciendo entre las suyas, le importaba muy poco.

- El Señor me ha hablado, con tanta claridad cómo te estoy viendo ahora, y me ha abrazado en su infinita misericordia- la voz de Jesús temblaba por la emoción. Diego nunca le había visto así.- y me ha revelado mi destino.

Diego esperó en silencio. Se aferraba aún a la vida que latía entre sus manos. No quería soltarla. Tenía la extraña sensación de que cuando lo hiciera, el alma de Jesús abandonaría su cuerpo y aún no estaba

preparado para ello. Dios no podía ser tan cruel. Si había algo de cierto en todas las enseñanzas de Jesús, allí en Abilene, simplemente no podía.

- Se me apareció en sueños, como arbusto ardiente y habló con la voz de los tiempos y de los ángeles, y me dijo cosas- Tragó saliva tan deprisa como pudo- cosas que se desvanecen en mis recuerdos y se confunden con sueños pasados. Así que escúchame bien antes de que me vaya. Fue un sueño muy extraño, en un mundo sin color, una ciudad perdida en la que todo y todos viven sin luz en sus almas, en eterna espera de algo que aún ha de llegar. Las calles son lúgubres y oscuras, y los hijos de la Bestia van y vienen a sus anchas devorando los corazones de aquellos que sienten la llamada del Creador. Sus ojos, viles y atroces como los fuegos del infierno lo ven todo y lo saben todo. – Tose de nuevo. Esta vez no puede controlar la hemorragia. Un hilo de sangre cae agónico por la comisura de sus labios.- Y hay una niña, Diego, con ojos de estrella, y en su interior se guarda la sagrada semilla del Señor... está sola y perdida, como rosa virginal entre grotescos zarzales tiznados con el hedor impío del ángel caído y sus huestes de demonios. – Se incorpora apoyándose con esfuerzo sobre un brazo y encarándose hacia él- Es el momento hijo mío. Los cuernos del Averno resuenan con fuerza en todos los reinos, anunciando a los malditos el advenimiento del reino del terror. Hoy no es el día de ofrecer la otra mejilla, ese tiempo ha pasado. Hoy es el día en que las trompetas del cielo entonaran con fuerza su canción y derribarán todos los *Jerichós* a su paso.- Aprieta más los dedos y espata sangre a borbotones mientras habla- hoy, Jesucristo, expulsará a los mercaderes del Templo y las siete plagas asolaran a aquellos que se dobleguen ante el maligno. No habrá redención. No habrá perdón. El fuego que calcinó el pecado de Sodoma y Gomorra se aviva de nuevo en el alma del Ángel de la muerte, aquel que sirve a la ley del acero y del Talión. La última batalla ha comenzado. Nadie está exento de ella. La Bestia mezclará verdades con mentiras, y enardecerá los corazones impíos de aquellos que le juren lealtad.

Levantará ejércitos de la nada y marchará imparable en pos de su destino.- ¡Mírame!- El monitor digital se dispara. Diego le mira- No dejes que el miedo o la duda turbe tu fe. Mantente firme y no des la espalda al camino trazado para ti. Hazte fuerte y lleva el mensaje.

- ¿Qué mensaje y a quien debo llevárselo?- La mente analítica de Diego cabalga de nuevo. No hay fe en sus palabras. Jesús lo sabe.

Le mira decepcionado. Diego jamás olvidará esa mirada.

- ¿Aún no me crees?- Sonríe casi acabado- Bien, pues habla con él.

En ese momento el monitor se estanca. La raya de flujo deja de tintinear en seco. Jesús exhala su último aliento y se desploma dulcemente sobre el colchón. Diego no suelta su mano. No puede. No quiere. Entran dos enfermeras y un médico. Es el doctor Grand. Llevan consigo un carro equipado con un desfibrilador. El celador Brown hace que Diego se retire a un lado. Le inyectan adrenalina. Una de las enfermeras empieza un masaje cardíaco desesperado mientras que la otra le retira las gafas nasales y le adapta un ambú de ventilación en la boca. Es inútil. Tres descargas son suficientes para certificar la muerte. Todos salen de la sala. Todos menos Diego. Brown le concede un instante de intimidad. Todo ha pasado muy rápido. Ni siquiera se ha podido despedir. Eso le quema por dentro. Toma por última vez su mano con los ojos nublados y el pecho muerto. Se inclina sobre él y le besa en la frente. Se acerca a su rostro.

- Que Dios se apiade de tu alma.- Susurra con voz quebrada.
La mano de Jesús toma entonces con fuerza la de Diego. Tan fuerte que cruje. Abre los ojos. Están muertos y vacíos. Aún así le mira.
- En la biblia, de este, mi abnegado siervo, está el camino trazado para tu alma. Desde el día que el hombre le dio letra a la *Palabra*. Ahora es tuya.- No puede creer lo que está pasando. Simplemente su mente no se lo permite. El que fue Jesús le sonrío.- ¿Es que aún no crees en mí?

Diego da un respingo y se suelta. El cuerpo del caído reposa ya para siempre sobre el lecho. No puede controlarse. No puede moverse. El terror atenaza sus músculos como una losa de hielo. Se queda allí, plantado sin ser capaz de reaccionar. Brown entra en la habitación por fin. Toma a Diego por el hombro y le ayuda a salir. Le ofrece un cigarro que Diego toma sin saber muy bien que hace. No dice nada. Solo fuma abstraído en la insustancial realidad que le rodea. “Estoy en Shock” Grita su mente desesperada desde algún lugar de su cordura. Apura el cigarro. Brown le informa de que el alcaide quiere verle. Abandonan el área médica y se dirigen al corredor principal en silencio.